

Recordar, compartir, aprender

Cáceres

Agustina Bravo Ortuño, 77 años

Alicia Chamorro García, 24 años

TINA, UN CORAZÓN ATLÉTICO

Dar marcha atrás en su vida le parece a Tina una labor difícil. Aunque su memoria es buena. Nació en el año 1932. Ella suele decir, y es cierto, que fue niña de preguerra, guerra, larga posguerra... y democracia, de mayor.

Sus primeros 46 años transcurrieron en Madrid, primero en la calle de Jesús del Valle, con sus padres; luego en las de Lagasca y Menorca, ya casada.

Tina, que vivió cuidada con cariño como hija única, recuerda feliz su infancia. Las privaciones de una guerra y las posteriores no se ensañaron con su familia. Su padre tenía un taller de forja y, a la vez, era maestro de talleres en una Escuela de Orientación Profesional. Esporádicamente, conducía los grandes autobuses del Parque Móvil de Ministerios para profesores y funcionarios de la Universidad Central de Madrid (hoy Complutense). De aquella época recuerda que su padre hablaba con verdadera admiración de don Julián Besteiro y de otros profesores que ya ha olvidado. Al comenzar la guerra fue movilizado como chófer para altos cargos y militares de la República, en sus distintos desplazamientos. Meses más tarde, al viajar el Gobierno hacia Levante, y ponerse peligroso Madrid, se llevó a su esposa y a Tina a Massanassa, en Valencia.

Año 1939, vuelta a Madrid. Tina ingresa en el colegio público Grupo Escolar José Espronceda de la calle del Pez. Era mixto, pero aulas de chicos con maestro y aulas de chicas con maestra. Los murmullos, codazos, risitas y alboroto al verse chicos y chicas por los pasillos, según me cuenta, eran dignos de ver. Los domingos había que asistir a misa con los compañeros y la seño, doña Antonia, a la parroquia de San Martín, la del cole, en la calle de la Luna. La suya, su parroquia, era la de San Ildefonso, junto al mercado del mismo nombre, muy próxima, en la corredera de San Pablo.

A los 16 años se matricula en la Academia Caballero de la calle Colón. Quería ser una buena taquimecanógrafa, era lo que se llevaba. Allí conoció a la que sería su amiga más querida y de la que no sabe nada desde hace más de 50 años: María del Pilar Pérez Gil Jiménez Hidalgo. Competían a ver quién tenía mejor memoria. Tina se pregunta: “¿Vivirá? ¿Se acordará ella, también, de mis cuatro apellidos? ¿Me recordará, acaso?”

Simultaneó esos estudios con los cursos de Secretariado en el Centro de Instrucción Comercial, en la Puerta del Sol de Madrid. Eran los años 50. Allí se enamora de un guapo madrileño de ojos azules; Luis, quien le contagió su afición al fútbol. Desde entonces es fiel a su devoción por el Atlético de Madrid. ¡Los partidos en el Metropolitano, al final de Reina Victoria! ¡Y aquel Atleti de Aparicio, Ben Barek, Silva...! Su amor por Luis se acabó cuando conoció al que, más tarde, sería su marido. Su amor por el Atleti sigue vivísimo.

En 1949 había empezado a trabajar en la Escuela de Estomatología (Facultad de Medicina de Madrid), organizando la biblioteca/museo Florestán Aguilar. También ayuda, a menudo, en la Secretaría del Centro. Pasó en él 14 años.

En 1962 se casa.

En 1978, con su marido, sus cuatro hijos y sus padres, se traslada a Cáceres debido al trabajo del cabeza de familia. A los ocho años llegó el golpe más dramático y doloroso: él, su amigo, su amor, su marido, muere. Tina, conmovida, dice: “Soy consciente de que, a lo largo de mi vida con él, me hice mejor persona. Su buen hacer, su cariño, su inteligencia me enseñaron a vivir y valorar mundos nuevos. Esos 30 años juntos, entre novios y casados, son tan míos, tan nuestros, que se quedan en la intimidad”.

Recordar, compartir, aprender

Volvemos a los cuatro chicos, varones. Cuando su padre les deja, los tres mayores cursan estudios universitarios. Tina tiene, en ese momento, 54 años y ha de volver a opositar. La pensión de viudedad no da para mucho. Al aprobar vuelve al mundo universitario y el contacto con los jóvenes le ayuda en lo económico y, mucho más, anímicamente. Prestó sus servicios como funcionaria de carrera, en la Secretaría de un centro de la universidad de Extremadura, durante 15 años.

En la actualidad, los tres mayores están emancipados, aunque la unión de la familia se mantiene fuerte, no ha cambiado. El benjamín tiene 42 años y es el que acompaña a Tina bajo el mismo techo. No lo hemos dicho: padece un 80% de discapacidad por parálisis cerebral, de nacimiento. Es amable y cariñoso, amigo ideal cuando quiere y personaje antipático cuando le da la gana. Con su cole anda siempre enredado en actividades y deportes especiales: es atleta federado minusválido. Y le gusta mucho la música: el pop y el rock español. No se pierde un concierto ni la ocasión de hacerse una foto con el famoso de turno.

Tampoco he contado que los padres de Tina, que tanto la cuidaron, no eran sus padres biológicos. Fue adoptada. Vivieron con ella hasta el final de sus días y siempre los tiene presentes.

En nuestras primeras entrevistas Tina deseaba centrarse en su época madrileña, ya que considera que su vida de ahora puede ser la de cualquiera, sin relevancia. En un primer café ya me impactaron, con fuerza, la sencillez de aquellas palabras.

Los libros que atesora en su casa parecen abrazarte: Alberti dibuja poesías en sus columnas, Lorca se encuentra con la muerte pronunciando palabras de amor que muy pocos conocen, que sobreviven grabadas en papel y que temblaron en mis manos al acariciarlas.

Tina es una mujer asombrosamente vital. Animada al ver que la sociedad avanza con mayores esperanzas de vida, fantasea con llegar a centenaria, ¿por qué no?, y así ver al pequeño cumpliendo 65 años.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Le parezco a Alicia una mujer vital y, a veces, lo he creído. Pero tengo mis dudas; en mi fuero interno sé que no es así, que me deprimó a menudo, que me vengo abajo. Sobre todo ahora, al haber alcanzado esta edad en la que me parece estar llegando a un final sin meta clara y como si me dejara todo por hacer, como incurriendo en falta y que alguien me pidiera cuentas por el tiempo vivido y, en parte, perdido.

Como si fuera géminis (que soy acuario) surge en mí otra personalidad, la que quiere ser vital, la que deja reposar el pasado, la que mira al futuro incierto con algo de despreocupación y, como los hombres y mujeres del 27, prefiere vivir el momento, el día a día, carpe diem, como nos enseñó Jorge Guillén: abrir la ventana al levantarme, respirar hondo y saber que estoy viva, que tengo un día más para pensar y sentir.

Es fácil imaginar que llego a angustiarme por ese cuarto hijo con problemas y, más adelante, sin mis cuidados. Por eso, juego a verme sana y fuerte, a creermé que duraré y fantaseo con llegar a centenaria.

Parece simple traer a colación la letra de ese tango que dice “que veinte años no es nada”. Yo voy a pasar, ya, cuatro veces por ese bloque de años y, realmente, cada uno de esos bloques ha sido barrido como por un soplo, sin darme cuenta.

El tiempo transcurrido, las cosas vistas, el asombro ante los avances de las ciencias, todo ese enriquecimiento e información vividos, me hacen pensar que, de alguna manera, me habrán formado positivamente para ver con más claridad y ecuanimidad todo lo que me rodea. ¡Y lo que no me rodea!, porque sabemos tanto de tantos sitios tan lejanos...